

Sobre el fracaso comercial de la serie de televisión *Euphoria* (2019)

A. Vallejo

Es y será imposible que *Euphoria*, serie de televisión producida por HBO, adquiera un amplio público. Si en la adolescencia mi generación se regocijó con *Skins* (2007-2013), *Euphoria*, el *Skins* de la nueva década, si acaso logrará encontrar público en los nostálgicos de mi generación, los cuales, supongo, tampoco somos muchos. Las nuevas generaciones, insignias de lo políticamente correcto, que se guían bajo el lema de la empatía, sumamente conscientes del bien y del mal, de lo moral e inmoral, nunca encontrarían placer en una serie como *Euphoria*. En lo que me concierne, no sé qué pensaban los productores. Si no era en los jóvenes de ahora, ¿en qué público estaban pensando? Además, no es ningún secreto que este tipo de producciones están orientadas al público femenino, tal vez todavía más consciente de tantas cosas.

Cuando se censura la *Ilíada*, cuando *Maus* (1977) no se debería leer, cuando *Gone with the Wind* (1939) es racista, la conclusión me parece sumamente sencilla: una serie como *Euphoria* no podría hacerse nido en generaciones con pulpitos personalizados como los que se encuentran en las redes sociales; lugares de sermón, castigo y condena. En fin, como casi nadie ha visto esta serie les explicaré, brevemente, la desmesura de sus prejuicios, consecuencia última del porqué no consiguió un público amplio.

Quien es la protagonista y la voz narrativa es una afrodescendiente con problemas de drogadicción. El antagonista sería un apuesto jugador de fútbol americano y, como era de esperarse, si la «negra» es drogadicta, el *football player* es violento y masculino. O mejor: «masculino», pues tiene mucho de homosexual reprimido, o tal vez sea bisexual; en cualquier caso, parece que en el fondo solo es un hombre sensible y asustado. Su novia (o exnovia) es latina, menuda, arrabalera y violenta; si una latina enojada «raya carros», esta va incluso más allá y es capaz de lanzar insultos a la mamá de su novio delante de una multitud. Lo que más añora Maddy —así se llama la novia de Nate, el atleta— es vivir como la hermosa americana que la emplea como niñera. Mejor dicho, el sueño de la latina es tener la vida privilegiada de su americanísima patrona. Su mejor amiga Cassie —y el conflicto amoroso de Nate— es la rubia bonita y «tonta»; sumisa,

débil y, haciéndole honor a sus enormes ojos, llorona..., parece estar hecha a la medida de Nate. ¿Y el padre de Nate? Como su hijo, falso símbolo de la virilidad masculina, enamorado de su compañero de juventud de *wrestling*, prefiere ocultarlo y, por ahí derecho, ocultarle a su familia que tiene encuentros sexuales con lo que se le atraviese. Jules, otro personaje principal, joven transgénero, precisamente se le atraviesa.

Para este momento cualquier lector podría escribir la biografía de Jules: promiscua, mente sobre su edad, arruina hogares... Si la serie estuviera ambientada unas cuantas décadas atrás sería positiva. La lista sigue, pero ya todos ustedes sabrán completarla. Solo queda mencionar un estereotipo sobre el cual no estoy muy seguro de si viene de antes o si es solo de ahora, fruto de la masiva producción japonesa de dibujos. La tercera entre Maddy y Cassie —por supuesto siempre son tres amigas— es Kat: «gorda», friki y diosa sexual a la vez. Su pobre novio, bueno como el pan, es insípido, falto de proteína, aburre a tremenda voluptuosidad.

Sé que dije que ya iba a terminar, pero no podía dejar pasar a mi semejante, a la literata, la rara. Bonita y poco atractiva. Su interés sexual es un *dealer*, alguien que sí vive la vida. Pusilánime, observadora, nunca daría su intimidad a quien no le ha entregado antes su corazón. Su hermana, Cassie, es un poco más sensata en este sentido, ojalá aprendiéramos a vernos en ella.

Como en la morfología del cuento, la estructura está hecha, las funciones son pocas, los personajes más pocos, los estereotipos menos y las consecuencias las mismas. ¿Tomaría mucho esfuerzo saber lo que va a pasar en la serie? ¿Tanto en su argumento como en la progresiva caída de su público? Un joven morirá, un adulto morirá, la literata escribirá, el narcotraficante huirá, ¿o será el padre de familia? Etc., etc. Porque el esquema se repite y no hay nada nuevo —¿o los prejuicios sobre prejuicios no me dejan verlos?— *Euphoria*, a mi parecer, no tiene ni tendrá mayor éxito.

Para terminar, un ejercicio de nostalgia. Veinticinco años atrás, todavía antes de *Skins*, una película británica escandalizaba a las generaciones adultas y encantaba a los jóvenes. Un grupo de adictos, todos blancos y de clase media baja —ninguno demasiado hermoso, ninguna escandalosamente bella— casi lo mismo que en *Euphoria*, recorrían las calles de Escocia e Inglaterra con el sino de la juventud desperdiciada. La primera historia la narra un drogadicto que poco o nada se relaciona con los intereses intelectuales, lo mismo que la adicta de *Euphoria* que nos cuenta la historia, pero la triste continuación, por otro lado, viene del drogadicto que adquiere intereses intelectuales; entre otras cosas, esta segunda historia no es tan buena como la primera.

Todas estas series son epílogos de aquella primera película, en su campo, nunca superada. Allí había un grito de rebeldía muy apropiado para el espíritu romántico adolescente; ahora, hay apenas una rabia y un culto a la desmesura. El problema de fondo, claro está, es que el público de hoy es mucho más consciente. El pecado es cosa del pasado.